

éango muchos carros cargados de heridos. "Si el invasor ha quedado dueño de nuestro campo—dice el general Corona en su parte;—ha sido después de haber perdido gran número de hombres, y probado lo que se les espera de los hijos de Sinaloa, que tan valientemente le disputaron el paso."—La profecía del caudillo se cumplió al pie de la letra.

Con el glorioso triunfo obtenido por Rosales en San Pedro y con los acontecimientos que se desarrollaron en la parte meridional del Estado, terminó el año de 1864 y se inició el de 1865. Ya veremos en el capítulo que sigue qué influencia tuvieron el triunfo del 22 de diciembre y los sucesos referidos en el éxito de las operaciones militares que después combinaron los jefes republicanos, y veremos también cómo fueron todas ellas el prólogo de otras victorias que debían dar justísima celebridad al patriotismo sinaloense.

CAPITULO XXIV.

1865.

ENERO.

Resultados de la victoria de San Pedro. Mala fe del periódico oficial de los intervencionistas. Reconocimiento del gobierno de Sinaloa por el presidente Juárez. Suerte de los prisioneros franceses. Conducta infame de Garnier. Manda fusilar á un niño de trece años. Relación tomada del *Ensayo Histórico del Ejército de Occidente* sobre los acontecimientos que siguieron á la acción del Espinazo del Diablo. Combinaciones militares del coronel Martínez y órdenes del general Corona. Disgusto entre Camberos y Garay. Marcha el coronel Gutiérrez á encargarse de la prefectura del Rosario. Preliminares de la acción de Veranas. Topografía de la población. Los republicanos atacan á los franceses, los derrotan é incendian su último refugio. Muerte de Correa. Movimientos de los republicanos. Son fusilados todos los prisioneros franceses. Se escapa el arriero Plácido Vargas. Fin del capítulo XXIV.

LOS importantes resultados de la victoria de San Pedro, calificada de admirable por Justo Sierra en su obra histórica publicada hace breves días, pueden apreciarse por

los acontecimientos que posteriormente se desarrollaron en Sinaloa y por el vergonzoso silencio que guardaron los franceses sobre el éxito de su expedición á Culiacán. En efecto, el épico suceso fué bastante para que el ejército intervencionista se resolviera á encerrarse dentro del distrito de Mazatlán, sin intentar nuevas operaciones militares, y por lo que respecta á la disculpa que dieron sobre el resultado de su expedición, basta leer un párrafo presuntuoso publicado en *El Correo de Mazatlán* órgano oficial del Departamento de Sinaloa, correspondiente al veintiocho de diciembre. Dice así:

«Se cree que la expedición mandada á Culiacán ha encontrado obstáculos imprevistos y sufrido algunas pérdidas.—Cada uno sabe en Méjico, lo que el ejército francés puede hacer y la opinión que tiene formada de él el mundo entero. Así es que nada tiene que ocultar y confiesa así sus pérdidas como sus triunfos.—No conocemos todavía los detalles de esta función de armas, en que dicen noticias incompletas un puñado de franceses con el batallón mejicano de Sinaloa encontró al enemigo en una posición fortificada por la naturaleza. Darémos los pormenores de la acción, tan completos, como sea posible, luego que recibamos informes que será muy próximamente.»

Nos parece ocioso impugnar todas las inexactitudes que contienen esas cortas líneas, ya que son conocidos del lector hasta los últimos detalles de la memorable batalla, y por lo que respecta á la promesa que hizo el periódico oficial de dar noticias pormenorizadas del acontecimiento,

sólo diremos que no volvió á publicarse en *El Correo* ni una palabra relativa al asunto, quizá por que causaba vergüenza á los franceses tener que confesar paladinamente el éxito desastroso de su expedición militar sobre el norte del Estado.

En otro orden de ideas, el triunfo de San Pedro vino á determinar el reconocimiento por el gobierno federal, de las autoridades emanadas de la revolución del Rosario, que no solamente habían sido desconocidas por el presidente Juárez, sino que había ordenado al general Patoni que se internara á Sinaloa y que recabara el poder de manos de Rosales, quien debía purificar su conducta en los términos prescritos por la ley militar.

Con el objeto de que recibiera á los prisioneros hechos en San Pedro, el general Patoni hizo marchar para la villa de Sinaloa al coronel Juan N. Mirafuentes, y Rosales se puso en camino, á su vez, para esa población en el mes de enero. Patoni recibió orden de que no se aplicara á dichos prisioneros la ley de 25 de enero de 1862, de que los franceses fueran remitidos á Sonora y de que se indultara á los mexicanos refundiéndolos en las tropas de la República. Gazielle, Saint Julien y demás oficiales y soldados fueron libertados en su tránsito por el territorio sonorense por el general ópata Refugio Fánori, que servía á los imperialistas, y que condujo á los prisioneros hasta Guaymas por donde se embarcaron para Mazatlán. Poco tiempo después el resto de los prisioneros fué conducido al Estado de Chihuahua y presentado al presidente Juárez,

excepto el oficial argelino Bel Kassem ben Mahomed que murió de pulmonía en el Parral.

“Antes de salir la primera partida de prisioneros—dice el señor Buelna—ocurrió un incidente, que estuvo á punto de producir funestos resultados. Un teniente coronel de las fuerzas liberales, herido en la reciente batalla de Majoma, y que en unión de varios oficiales había venido á curarse á Culiacán, percibió, al entrar por primera vez en el hospital, á uno de los oficiales franceses que, después de la toma de Puebla por Forey, habían sido encargados de conducir á Orizaba los prisioneros mexicanos allí cogidos.

“Al divisarlo trajo instantaneamente á la memoria el recuerdo de los inhumanos tratamientos de que en ese paso había sido víctima en unión de los demás prisioneros llevados todos pié á tierra, golpeados á fusilazos, para que continuaran la marcha cuando se detenían rendidos por el cansancio y por los ardores del sol, y reducidos á la desesperación, cuando acalambrosados de sed veían á sus brutales conductores derramar á puntapiés los baldes de agua que el cariñoso patriotismo de las mujeres del pueblo les presentaba á su tránsito para apagarla.

“Para mayor certidumbre, el jefe herido preguntó si se llamaba Saint Julien el oficial francés que creía reconocer, y cerciorado de ser así, sacó inmediatamente su pistola, y más violento que lo que el estado de su salud pudiera permitirle, se abalanzó enardecido á matarle de un balazo; pero fué detenido á tiempo por el médico del hospital, doctor Praslow quien, para evitar eventualidades

lamentables, prohibió al francés volver á poner el pié en el establecimiento.”

Los franceses, por su parte, no supieron agradecer la magnanimidad con que habían sido tratados los prisioneros de guerra tomados en San Pedro, y á la conducta caballeresca del general Rosales correspondieron con hechos que deben llenar de ignominia á los jefes del ejército intervencionista. En efecto: apenas habían pasado pocos días después de la victoria del 22 de diciembre, cuando Garnier fusiló inhumanamente á los prisioneros que hizo en el Espinazo del Diablo, entre los que se contaba un niño, hijo de don Juan Quevedo, que había entrado con el carácter de escribiente en la secretaría de campaña del general Corona. El adolorido padre al encontrar el cadáver de su hijo escribió al jefe de las fuerzas de Sinaloa y Jalisco, esta carta que debe guardar la historia entre sus páginas: “He encontrado el cadáver de mi hijo: los vecinos de Pueblo Nuevo me han conducido á un lugar en donde, entre los restos de otros trece valientes, he levantado los del ser más querido de mi familia. Los guías me han informado de que ellos habían sido los únicos prisioneros de los franceses, y que sin consideración al valor y á la edad, los habían pasado por las armas sobre el reducto del cuartel general, lanzándolos al fondo del barranco. En este momento salgo para Pánuco á dar sepultura á mi propio hijo. Dios conceda á la espada de vd. la gloria de vengar la sangre de los mexicanos derramada por los invasores y sus cómplices, y me permita ponerme pronto á sus órdenes, para morir á su lado com

batiendo por la libertad de mi patria y por la memoria sagrada de mi hijo."

A las nueve de la noche del día primero de enero, el general Corona con unas cuantas gentes que se le habían reunido después de la acción del Espinazo del Diablo, se dirigió para Zaragoza con el fin de procurar noticias sobre el estado de las fuerzas que no habían entrado en combate. El día siguiente llegó á dicho rancho, de donde continuó su marcha hacia el sur, y en el Platanillo, antes de Pánuco, se le incorporó el general Rubí, quien le dió noticias de las operaciones de la cuesta del Huamúchil, así como pormenorizados informes de las medidas dictadas por Gutiérrez. Ambos jefes llegaron á Pánuco, y de allí se dirigieron para Concordia, á donde llegaron el día seis.—Inmediatamente—refieren los señores Vigil y Haro—se movió el coronel Gutiérrez para ir á reforzar la línea de Martínez con cincuenta hombres del batallón de Degollado, proponiéndose hostilizar á los franceses antes de que llegaran al puerto. Poco después se recibió un parte de Martínez en que decía que debiendo llegar á Mazatlán los franceses el día 7, había ordenado que una pequeña parte de la caballería, y no toda por que el terreno era estrecho, se colocara entre las Higueras y las Marismas; que Gutiérrez desplegara su fuerza en tiradores desde Palmillas hasta Siqueros, sobre los puntos más militares; que el coronel Juan B. Camberos se extendiera con su tropa desde Siqueros hasta Porras; que el comandante Eulogio Parra con algunas guerrillas, se situara en Palos Prietos; Martínez en persona ocupaba el punto de

las Higueras. Su combinación se reducía á que en el momento de romperse el fuego en Porras, toda la línea se dispusiera á secundar la acción. Añadía además en el referido parte, que por sus exploradores sabía que hasta aquella hora se ignoraban en el puerto los acontecimientos del Espinazo del Diablo, lo mismo que el lugar en donde se encontraba la fuerza extranjera, aunque él tenía noticias de que había pernoctado en el Recodo, que los trenes de su ambulancia llevaban muchos heridos y que no conducían ningun prisionero.

Inmediatamente dispuso Corona que Rubí organizara el batallón Pánuco y la caballería, mandando á la vez que se construyera parque con la mayor actividad. Dictadas estas disposiciones se puso en marcha con el batallón Concordia para llegar á Siqueros y poder tomar parte en la acción que se proyectaba.

A las ocho de la mañana del siguiente día llegó, en efecto, á dicho punto en donde se encontró furioso á Camberos, por que teniendo encomendado á Porras, colocó sobre unas alturas al teniente coronel de su cuerpo, Francisco Garay, con órden de romper el fuego en el momento que apareciera sobre el camino la fuerza contraria; pero dejando pasar la oportunidad no cumplió con su consigna sino al tiempo que el enemigo se encontraba á tal distancia que no se le podía causar mal ninguno; así es que cuando las demás tropas de la línea secundaron la acción, los franceses iban cubriéndose ya por sus flancos. En medio de su enojo manifestaba Camberos que la única ventaja obtenida, consistía en dos traidores que había

tomado y ahorcado en los árboles inmediatos, y pedía por lo tanto que se le permitiera fusilar al expresado Garay. Como se deja entender, Corona se negó á obsequiar semejante demanda, limitandose á dar orden para que suspendiera en el servicio militar al presunto reo, mientras se le formaba consejo de guerra con el fin de depurar su conducta. (1.)

Pocos momentos después llegó al campo el coronel Gutiérrez, avisando que después de haber pasado los franceses había reunido su fuerza para contramarchar á Concordia, á cuyo punto recibió orden de continuar, llevando consigo el batallón que en persona mandaba el general en jefe. A la vez se recibió un parte oficial de Mazatlán, en que decía que el enemigo había entrado por fin en el puerto, después de las nutridas descargas que le había hecho, y que había dejado en observación, cerca de Mazatlán, al comandante Eulogio Parra con ciento cincuenta caballos, mientras que él, con el resto de la fuerza, se retiraba al Verde para reponer sus caballerías: allí esperaba órdenes y quedaba en acecho de los franceses, que al mando de Castagny iban de Durango. Corona contestó de entorado, avisándole que se retiraba de nuevo á Concordia, á donde debían dirigirse los partes respectivos.

(1) Este jefe, más tarde, estando preso bajo su palabra de honor, se fugó y fué á indultarse con los franceses, quienes le redujeron á prisión porque uno de los soldados que le acompañaban [eran de los arrieros de Veranos, y le acusó de haber estado en la acción que tuvo lugar en aquel punto y de que, hablaremos más tarde.

El día nueve se recibió en el cuartel general un parte del coronel Martínez, participando que Castagny, con una fuerza de dos á tres mil hombres, había pernoctado la noche anterior, en la Puerta de San Márcos, y que aquel día debía llegar á Veranos, quedando él preparado para hostilizarle, de cuyas operaciones le daría cuenta oportuna.

Aquel mismo día salió el coronel Gutiérrez con el batallón "Degollado" y una sección de infantería del batallón "Pueblos Unidos" á encargarse de la comandancia militar del distrito del Rosario, pues no queriendo Corona hacer pesar el sostenimiento de sus fuerzas sobre una sola población, por no agotar de un golpe sus elementos, trataba de tenerla en constante movimiento para repartir así áquel oneroso deber, pues es preciso añadir, en honor de aquel benemérito ejército, que no consumía en campaña otros alimentos que los que como contingente de guerra le ofrecían los generosos pueblos por donde pasaba, reduciéndose sus exigencias, cuando estaba de guarnición, á medio real por cada plaza de tropa, un real los oficiales, dos los comandantes y tenientes coroneles, y cuatro los coroneles y generales.

Gutiérrez recibió órdenes para que arbitrándose recursos remitiera al cuartel general la parte que pudiera; que equipara, municionara y aumentara sus fuerzas hasta donde fuera posible, y que vigilara toda la línea de demarcación de aquel distrito y del puerto de Chametla, impidiendo la salida de viveres para los enemigos de Mazatlán y teniendo mucho cuidado de retirarse á la sierra

en caso de ser atacado con desventaja de su parte. La tarde de aquel día se recibió un parte de Martínez avisando que los franceses acababan de acampar en Veranos y que él salía con cien caballos escojidos á hostilizarlos. A las tres de la mañana del día 10 se recibió otro parte del mismo jefe, fechado cerca de Veranos el 9 á las once de la noche, en el decía que los franceses, en número de dos mil quinientos hombres, se encontraban en aquel punto escoltando una conducta y gran cantidad de mercancías de Durango, pero que precavidos, como siempre, habían asegurado sus caballerías en un cercado inmediato á la población, de donde con astucia, aunque con mucho peligro, había logrado sacar más de seiscientas acémilas que había remitido al pueblo de Jacobo; que por lo mismo, indicaba que si era posible á Corona, con las infanterías que estaban á sus inmediatas órdenes, contribuir en persona al golpe de mano que intentaba, era buen tiempo todavía, porque no teniendo el enemigo, por la razón referida, bestias de carga en que levantar los objetos que conducía, se vería precisado á abandonar una parte del cargamento ó á resistir el ataque,

Inmediatamente que Corona recibió esta comunicación, mandó citar á Gutierrez Rubí y Correa, para que contramarcharan con sus fuerzas y se presentaran en Veranos, advirtiéndoles que sobre la marcha recibirían órdenes, y que en los momentos en que despachaba aquellos correos, se ponía él mismo en movimiento sobre el referido punto con su estado mayor y una escolta; esto último fué también comunicado á Martínez con objeto

de que saliera á su encuentro para acordar lo que fuera conveniente. Así sucedió, encontrándose en el Verde, en donde Martínez, además de pormenorizar los acontecimientos relativos á su último parte, añadió que una fuerza de "Cazadores de Africa" había sido mandada para quitarle las acémilas, con cuya fuerza había tenido que irse batiendo hasta Tepuxta, en donde se verificó una escaramuza que dió por resultado algunos heridos por ambas partes, entre ellos un oficial francés que fué conducido al curato.

A las tres de la tarde llegaron al Verde los coroneles Rubí y Correa con sus respectivas tropas, á cuya hora se supo que el enemigo se había movido de Veranos á Siqueros, distando seis leguas del primer punto, en donde había dejado ciento cincuenta soldados del 7.^o batallón "Cazadores de Vincennas," y cincuenta arrieros armados para que cuidaran de la conducta y efectos que llevaban de Durango. Corona dió descanso á la fuerza, y después de algunas horas se dirigió con toda ella hácia Tepuxta, en donde le fueron confirmadas las noticias anteriores, sabiendo además, que el jefe francés de Veranos había pasado todo aquel día fortificándose en una de las casas principales junto á la iglesia, con la cual y una casita inmediata al río, formó un gran parapeto triangular. Para la mejor inteligencia de los sucesos que vamos á referir, diremos algunas palabras sobre la topografía del teatro en que pasaron.

Veranos se halla situado sobre una eminencia en el seno de una curva que forma la falda de una loma que la do-